

EL LETARGO DE LOS DIOSES

Batas blancas que, como palomas, portan en su pico la pastilla diaria antes de la siesta. Ojos saltones, que van describiendo un círculo velozmente por sus orbitas, se acercan a la aséptica eucaristía: cuerpo de Cristo, dice el enfermero extendiendo la mano hacia la boca del enfermo mientras porta una pastilla. Amén, asiente el enfermo al tragar la píldora. Los ojos saltones desocupan la enfermería y salen botando en fila india por el pasillo hacia sus habitaciones. Otros ojos, éstos electrónicos, están dispuestos en zonas estratégicas de la unidad. Los ojos sicóticos ven las cámaras cómo amenazas en sus vidas y rompen a gritar con angustia y desesperación. Ojos sin iris y sin pupila, ojos de cuencas vacías como las estatuas griegas. Bustos parlantes en una lengua enigmática y cerrada al entendimiento. Ojos autistas ,presencias angelicales, que no son de este mundo, pero que lo cuestionan con su existencia. Cientos de manos frotándose con fuerza entre sí, con abundante jabón, hasta llegar a hacerse yagas. La neurosis campa a sus anchas por los servicios del sanatorio. Ojos que ven lo sucio de la vida, la profanación que realiza el mal, el enorme sacrilegio que resulta a veces la existencia. Tras la ingesta de la pastilla, llega la hora de la siesta, donde los visionarios del mundo se disponen a entrar en el letargo de los dioses.